

Economía de mercado y ética según Joseph Ratzinger

Revista Cultura Económica
Año XXIX • N° 80
Agosto 2011: 65-73

Artículo presentado en el simposio “Iglesia y economía en diálogo”, en 1985 en Roma¹

Permítanme dar una cordial bienvenida – también en nombre de los otros dos expositores, el Cardenal Höffner y el Cardenal Etchegaray – a todos los participantes aquí presentes para el simposio de Iglesia y economía. Estoy muy feliz de que la cooperación entre el Consejo Pontificio para los Laicos, la Federación Internacional de Universidades Católicas, el Instituto de Economía Alemana y la Fundación Konrad-Adenauer, hayan hecho posible estas conversaciones a lo largo del mundo en cuestiones de honda preocupación para todos nosotros.

La desigualdad económica entre los hemisferios norte y sur del globo se está convirtiendo cada vez más en una amenaza interna para la cohesión de la familia humana. El peligro de tal amenaza para nuestro futuro podría ser no menos real que el que procede de los arsenales de armas con los cuales el Este y el Oeste se enfrentan entre sí. Deben realizarse nuevos esfuerzos para superar esta tensión, ya que todos los métodos empleados hasta ahora han demostrado ser inadecuados. De hecho, la miseria en el mundo ha aumentado en gran medida durante los últimos treinta años. En función de encontrar soluciones que nos guíen verdaderamente hacia adelante, serán necesarias nuevas ideas económicas. Pero tales medidas no parecen concebibles, o sobre todo, practicables sin nuevos impulsos morales. Es en este punto en que un diálogo entre la Iglesia y la economía se hace posible y, al mismo tiempo, necesario.

Déjenme clarificar de alguna manera el punto exacto en cuestión. A primera vista, precisamente en términos de teoría económica clásica, no es obvio que la Iglesia y la economía deban realmente estar relacionadas entre sí, más allá del hecho de que la Iglesia realiza algunas actividades económicas y de este modo, también es un factor en el mercado. La Iglesia no debería entrar en diálogo como un mero componente en la economía, sino en su propio derecho como Iglesia.

Aquí, sin embargo, debemos enfrentar la objeción planteada especialmente luego del Concilio Vaticano Segundo, de que la autonomía de los ámbitos especializados debe ser respetada por sobre todas las cosas. Tal objeción sostiene que la economía debe jugar según sus propias reglas y no según consideraciones morales impuestas sobre ella desde afuera. Siguiendo la tradición inaugurada por Adam Smith, esta posición sostiene que el mercado es incompatible con la ética porque las acciones “morales” voluntarias contradicen las reglas del mercado y dejan fuera de juego a los empresarios moralistas². Por un largo tiempo, entonces, la ética de los negocios sonó como metal hueco porque la economía estaba diseñada para trabajar sobre la eficiencia y no sobre la moralidad³. La lógica interna del mercado debería liberarnos precisamente de la necesidad de tener que depender de la moralidad de

sus participantes. El verdadero juego de las leyes de mercado es lo que garantiza mejor el progreso e incluso la justicia distributiva.

El gran éxito de esta teoría ocultó sus limitaciones por largo tiempo. Pero ahora en una situación distinta, sus presupuestos filosóficos tácitos y por lo tanto, sus problemas, se hacen más claros. Aunque esta posición admite la libertad de los empresarios individuales, y en ese sentido puede ser llamada liberal, en realidad es determinista en su núcleo. Presupone que el libre juego de las fuerzas del mercado puede operar sólo en una dirección, dada la constitución del hombre y el mundo, a saber, hacia la auto-regulación de la oferta y la demanda, y hacia la eficiencia económica y el progreso.

Este determinismo, en el cual el hombre está completamente controlado por las leyes vinculantes del mercado mientras cree que actúa con libertad respecto de ellas, incluye otra presuposición, quizá aún más asombrosa, a saber, que las leyes naturales del mercado son en esencia buenas (si se me permite decirlo así) y necesariamente trabajan para el bien, cualquiera sea el caso de la moral de los individuos. Estas dos presuposiciones no son totalmente falsas, como ilustra el éxito de la economía de mercado. Pero ninguna es universalmente aplicable ni correcta, como es evidente en los problemas de la economía mundial actual. Sin desarrollar el problema en detalle aquí –que no es mi tarea– permítanme simplemente subrayar una frase de Peter Koslowski que ilustra el punto en cuestión: “La economía está gobernada no sólo por leyes económicas, sino también está determinada por los hombres...”⁷⁴. Incluso si la economía de mercado se basa en la ordenación del individuo dentro de una determinada red de normas, no puede hacer al hombre superfluo o excluir su libertad moral del mundo de la economía. Se está volviendo muy claro que el desarrollo de la economía mundial también tiene que ver con el desarrollo de la comunidad mundial y con la familia universal del hombre, y que el desarrollo de los poderes espirituales de la humanidad es esencial en el desarrollo de la comunidad mundial. Estos poderes espirituales son en sí mismos un factor en la economía: las reglas de mercado funcionan sólo cuando existe un consenso moral y los sustenta.

Si hasta ahora he intentado señalar la tensión entre un modelo puramente liberal de la economía y sus consideraciones éticas, y así circunscribir una primera serie de cuestiones, ahora debo señalar la tensión opuesta. La pregunta acerca del mercado y la ética hace tiempo que dejó de ser simplemente un problema teórico. Desde el momento en que la desigualdad inherente a diversas zonas económicas individuales pone en peligro el libre juego del mercado, se han hecho intentos por reestablecer el equilibrio a partir de la década de 1950, a través de proyectos de desarrollo. No se puede seguir obviando el hecho de que estos intentos han fallado e incluso han intensificado la desigualdad existente. El resultado es que amplios sectores del Tercer Mundo, que en un principio aspiraron a la ayuda para el desarrollo con grandes esperanzas, ahora identifican la base de su pobreza con la economía de mercado, que ven como un sistema de explotaciones, como pecado institucionalizado e injusticia.

Para ellos, la economía centralizada parece ser la alternativa moral, hacia la cual uno se dirige directamente con fervor religioso, y que virtualmente se convierte en el contenido de la religión; porque mientras la economía de mercado descansa en el efecto benéfico del egoísmo y su limitación automática a través de los egoísmos en competencia, el pensamiento del control justo parece predominar en una economía centralizada, donde el objetivo es la igualdad de derechos para todos y la distribución proporcionada de los bienes. Los ejemplos aducidos hasta ahora ciertamente no son alentadores, pero la esperanza de que uno pudiera, sin embargo, traer este proyecto moral a la realización tampoco ha sido refutada. Parece que si todo pudiera realizarse sobre una base moral más sólida, debería ser posible conciliar la moral y la eficiencia en una sociedad no orientada hacia el máximo beneficio, sino más bien a la moderación y el servicio común. Así, en esta área, la disputa entre economía y

ética se está volviendo incluso más un ataque contra la economía de mercado y sus fundamentos espirituales, en favor de una economía de control centralizado, que se cree ahora recibe su fundamento moral.

Todo el alcance de este asunto se hace más patente cuando incluimos el tercer elemento de las consideraciones económicas y teóricas características de la situación actual: el mundo marxista. En términos de la estructura de su teoría y práctica económica, el sistema marxista, como una economía administrada centralmente, es una antítesis radical de la economía de mercado⁵. Se espera la salvación porque no hay ningún control privado de los medios de producción, porque la oferta y la demanda no se armonizan a través de la competencia de mercado, porque no hay lugar para la búsqueda de la ganancia privada, y porque todas las regulaciones proceden de una administración económica central. Sin embargo, a pesar de esta oposición radical en los mecanismos económicos concretos, también hay puntos en común en los presupuestos filosóficos más profundos. El primero de estos consiste en el hecho de que el marxismo también es determinista por naturaleza y también promete una perfecta liberación como fruto de este determinismo. Por esta razón, es un error fundamental suponer que un sistema económico centralizado es un sistema moral, en contraste con el sistema mecanicista de la economía de mercado. Esto se hace claramente visible, por ejemplo, en la aceptación de Lenin de la tesis de Sombart que dice que en el marxismo no hay principios de ética, sino sólo leyes económicas⁶. Ciertamente, el determinismo es aquí mucho más radical y fundamental que en el liberalismo, ya que al menos este último reconoce el ámbito de lo subjetivo y lo considera el lugar de la ética. El primero, por otro lado, reduce totalmente el devenir y la historia a la economía, y la delimitación del propio ámbito subjetivo aparece como una resistencia a las leyes de la historia, que son válidas por sí mismas, y como una reacción contra el progreso, que no puede ser tolerada. La ética se reduce a la filosofía de la historia, y la filosofía de la historia degenera en estrategia del partido.

Pero regresemos una vez más a los puntos comunes de los fundamentos filosóficos del marxismo y el capitalismo tomados estrictamente. El segundo punto en común –como ya habrá quedado claro – consiste en el hecho de que el determinismo incluye la renuncia a la ética como una entidad independiente, relevante para la economía. Esto se muestra en forma especialmente dramática en el marxismo. La religión se retrotrae a la economía como el reflejo de un sistema económico particular y así, al mismo tiempo, como un obstáculo para el conocimiento correcto, para la acción correcta –un obstáculo para el progreso, al cual apuntan las leyes naturales de la historia. También se presupone que la historia, que toma su curso de la dialéctica entre lo negativo y lo positivo, debe, desde su esencia interior y sin que se den mayores razones, terminar finalmente en total positividad. El hecho de que la Iglesia no pueda aportar nada positivo a la economía mundial está claro desde esta perspectiva; su única significación para la economía es que debe ser superada. Que pueda ser usada temporalmente como un medio para su propia auto-destrucción y así como un instrumento para “las fuerzas positivas de la historia”, es una perspectiva que solo recientemente ha surgido. Obviamente, no cambia nada en la tesis fundamental.

Por lo demás, todo el sistema vive, en efecto, de la apoteosis de la administración central, en la cual tendría que estar actuando el espíritu del mundo mismo, si esta tesis fuese correcta. Que esto es un mito en el peor sentido de la palabra, es simplemente una afirmación empírica que se está verificando continuamente. Y así precisamente, la renuncia radical a un diálogo concreto entre la Iglesia y la economía, que está presupuesto por este pensamiento, se convierte en una confirmación de su necesidad.

En un intento por describir la constelación de un diálogo entre la Iglesia y la economía, he descubierto un cuarto aspecto. Puede verse en la conocida observación hecha por Theodore Roosevelt in 1912: “Creo que la asimilación de los países

latinoamericanos a los Estados Unidos será larga y dificultosa mientras estos países sigan siendo católicos”. De modo análogo, en una conferencia en Roma en 1969, Rockefeller recomendó reemplazar a los católicos de allí por otros cristianos⁷ –un emprendimiento que, como bien se sabe, está en plena marcha. En ambas afirmaciones, la religión – aquí una denominación cristiana – se presupone como un factor socio-político, y por lo tanto, político-económico, que es fundamental para el desarrollo de estructuras políticas y posibilidades económicas. Esto recuerda una de las tesis de Max Weber acerca de la intrínseca conexión entre el capitalismo y el calvinismo, entre la formación del orden económico y la idea religiosa determinante. La noción de Marx parece estar casi invertida: no es la economía la que produce nociones religiosas, sino la orientación religiosa fundamental la que decide qué sistema económico puede desarrollarse. La noción de que sólo el protestantismo puede producir una economía libre –mientras el catolicismo incluye una educación que no se corresponde con la libertad y con la auto-disciplina necesaria para ello, favoreciendo en su lugar sistemas autoritarios – es indudablemente, incluso hoy todavía muy generalizada, y mucho de la historia reciente parece hablar a su favor. Por otro lado, ya no podemos considerar tan ingenuamente al sistema liberal-capitalista (incluso con todas las correcciones que ha recibido) como la salvación del mundo. Ya no estamos en la era Kennedy, con sus optimistas Cuerpos de Paz; las interpelaciones del tercer mundo acerca del sistema quizá sean parciales, pero no son infundadas. Una autocrítica de las confesiones cristianas con respecto a la ética política y económica es el primer requerimiento.

Pero esto no puede proceder puramente como un diálogo dentro de la Iglesia. Será fructífero sólo si es conducido con aquellos cristianos que manejan la economía. Una larga tradición los ha llevado a considerar su Cristianismo como un asunto privado, mientras que como miembros de la comunidad de negocios se rigen por las leyes de la economía.

Estos ámbitos han venido a aparecer como mutuamente exclusivos en el contexto moderno de la separación de los ámbitos subjetivo y objetivo. Pero el punto es precisamente que deberían encontrarse, preservando su propia integridad pero, al mismo tiempo, permaneciendo inseparables. Se está convirtiendo en un hecho cada vez más evidente de la historia económica, que el desarrollo de los sistemas económicos que se concentran en el bien común depende de un sistema ético determinado, el cual a su vez puede nacer y sostenerse sólo por fuertes convicciones religiosas⁸. A la inversa, también se ha vuelto obvio que la declinación de tal disciplina puede verdaderamente causar el colapso de las leyes del mercado. Una política económica que está ordenada no sólo para el bien del grupo – de hecho, no sólo para el bien común de un determinado estado – sino para el bien común de la familia humana, demanda un máximo de disciplina ética y así, un máximo de fuerza religiosa. La formación política de una voluntad que emplea las leyes económicas inherentes hacia su meta se muestra, a pesar de las todas las protestas humanitarias, casi imposible hoy en día. Sólo se puede llevar a cabo si poderes éticos nuevos son liberados por completo. Una moralidad que se cree capaz de prescindir del conocimiento técnico de las leyes económicas, no es moralidad sino moralismo. Como tal es la antítesis de la moralidad. Un acercamiento científico que se cree capaz de conducirse sin un *ethos*, malentiende la realidad del hombre. Por ende, no es científico. Hoy necesitamos un máximo de entendimiento económico especializado, pero también un máximo de *ethos* tal que el entendimiento económico especializado pueda ponerse al servicio de los fines correctos. Sólo de esta forma su conocimiento será, al mismo tiempo, políticamente practicable y socialmente tolerable.

Traducción: Agostina Prigioni

¹ Este artículo, expuesto por el entonces Cardinal Joseph Ratzinger, actual Papa Benedicto XVI, fue originalmente traducido al inglés por Stephen Wentworth Arndt, y fue obtenido por cortesía del Dr. Johannes Stemmler, secretario emérito del BKU (Federación de empresarios católicos) y secretario de Ordo socialis en Köln, Alemania. Apareció previamente en inglés con el título “Iglesia y economía: responsabilidad para el futuro de la economía mundial”, *Communio* 13 (Otoño 1986): 199-204.

² Cf. Peter Koslowski, “Über Notwendigkeit und Möglichkeit einer Wirtschaftsethik”, *Scheidewege, Jahresschrift fürskeptisches Denken* 15 (1985/86): 301, 204-305. Este estudio fundamental me ha brindado sugerencias esenciales para mi propio artículo

³ Koslowski, “Über Notwendigkeit und Möglichkeit einer Wirtschaftsethik”, 294.

⁴ Koslowski, “Über Notwendigkeit und Möglichkeit einer Wirtschaftsethik”: 304; cf. 301.

⁵ Cf. Card. J. Höffner, *Wirtschaftsordnung und Wirtschaftsethik. Richtlinien der katholischen Soziallehre*,

ed. Sekretariat der Deutschen Bischofskonferenz (Boon, 1985), 33-34. La traducción inglesa de este artículo fue publicada por Ordo socialis: *Economic Systems and Economic Ethics – Guidelines in Catholic Social Teaching* (Association for the Advancement of Christian Social Sciences, 1986).

⁶ Koslowski, “Über Notwendigkeit und Möglichkeit einer Wirtschaftsethik”, 296, en referencia a Lenin, *Werke* (Berlín, 1971), I 436.

⁷ Encontré estas dos consideraciones en la contribución de A. Metalli, “La grande epopea degli evangelici”, *Trenta giorni* 3, no.8 (1984): 9, 8-20.

⁸ Para información detallada, ver P. Koslowski, “Religion, Ökonomie, Ethik. Eine sozialtheoretische und ontologische Analyse ihres Zusammenhangs” en *Die religiöse Dimension der Gesellschaft, Religion und ihre Theorien*, ed. P. Koslowski (Tübingen, 1985:, 76-96).

Article presented in the symposium “Church and Economy in Dialogue”, in 1985 in Rome¹

Allow me to give a cordial welcome — also in the name of the two other protectors, Cardinal Höffner and Cardinal Etchegaray — to all the participants here present for the Symposium on Church and Economy. I am very glad that the cooperation between the Pontifical Council for the Laity, the International Federation of Catholic Universities, the Institute of the German Economy and the Konrad-Adenauer-Foundation has made possible these world-wide conversations on a question of deep concern for all of us.

The economic inequality between the northern and southern hemispheres of the globe is becoming more and more an inner threat to the cohesion of the human family. The danger for our future from such a threat may be no less real than that proceeding from the weapons arsenals with which the East and the West oppose one another. New exertions must be made to overcome this tension, since all methods employed hitherto have proven themselves inadequate. In fact, the misery in the world has increased in shocking measure during the last thirty years. In order to find solutions that will truly lead us forward, new economic ideas will be necessary. But such measures do not seem conceivable or, above all, practicable without new moral impulses. It is at this point that a dialogue between Church and economy becomes both possible and necessary.

Let me clarify somewhat the exact point in question. At first glance, precisely in terms of classical economic theory, it is not obvious what the Church and the economy should actually have to do with one another, aside from the fact that the Church owns businesses and so is a factor in the market. The Church should not enter into dialogue here as a mere component in the economy, but rather in its own right as Church.

Here, however, we must face the objection raised especially after the Second Vatican Council that the autonomy of specialized realms is to be respected above

all. Such an objection holds that the economy ought to play by its own rules and not according to moral considerations imposed on it from without. Following the tradition inaugurated by Adam Smith, this position holds that the market is incompatible with ethics because voluntary “moral” actions contradict market rules and drive the moralizing entrepreneur out of the game.² For a long time, then, business ethics rang like hollow metal because the economy was held to work on efficiency and not on morality.³ The market’s inner logic should free us precisely from the necessity of having to depend on the morality of its participants. The true play of market laws best guarantees progress and even distributive justice.

The great successes of this theory concealed its limitations for a long time. But now in a changed situation, its tacit philosophical presuppositions and thus its problems become clearer. Although this position admits the freedom of individual businessmen, and to that extent can be called liberal, it is in fact deterministic in its core. It presupposes that the free play of market forces can operate in one direction only, given the constitution of man and the world, namely, toward the self-regulation of supply and demand, and toward economic efficiency and progress.

This determinism, in which man is completely controlled by the binding laws of the market while believing he acts in freedom from them, includes yet another and perhaps even more astounding presupposition, namely, that the natural laws of the market are in essence good (if I may be permitted so to speak) and necessarily work for the good, whatever may be true of the morality of individuals. These two presuppositions are not entirely false, as the successes of the market economy illustrate. But neither are they universally applicable and correct, as is evident in the problems of today’s world economy. Without developing the problem in its details here — which is not my task — let me merely underscore a sentence of Peter Koslowski’s that illustrates the point in question: “The economy is governed not only by economic laws, but is also determined by men...”.⁴ Even if the market economy does rest on the ordering of the individual within a determinate network of rules, it cannot make man superfluous or exclude his moral freedom from the world of economics. It is becoming ever so clear that the development of the world economy has also to do with the development of the world community and with the universal family of man, and that the development of the spiritual powers of mankind is essential in the development of the world community. These spiritual powers are themselves a factor in the economy: the market rules function only when a moral consensus exists and sustains them.

If I have attempted so far to point to the tension between a purely liberal model of the economy and ethical considerations, and thereby to circumscribe a first set of questions, I must now point out the opposite tension. The question about market and ethics has long ceased to be merely a theoretical problem. Since the inherent inequality of various individual economic zones endangers the free play of the market, attempts at restoring the balance have been made since the 1950s by means of development projects. It can no longer be overlooked that these attempts have failed and have even intensified the existing inequality. The result is that broad sectors of the Third World, which at first looked forward to development aid with great hopes, now identify the ground of their misery in the market economy, which they see as a system of exploitations, as institutionalised sin and injustice. For them, the centralized economy appears to be the moral alternative, toward which one turns with a directly religious fervor, and which virtually becomes the content of religion. For while the market economy rests on the beneficial effect of egoism and its automatic limitation through competing egoisms, the thought of just control seems to predominate in a centralized economy, where the goal is equal rights for all and proportionate distribution of goods to all. The examples adduced thus far are certainly not encouraging, but the hope that one could, nonetheless, bring this

moral project to fruition is also not thereby refuted. It seems that if the whole were to be attempted on a stronger moral foundation, it should be possible to reconcile morality and efficiency in a society not oriented toward maximum profit, but rather to self-restraint and common service. Thus in this area, the argument between economics and ethics is becoming ever more an attack on the market economy and its spiritual foundations, in favor of a centrally controlled economy, which is believed now to receive its moral grounding.

The full extent of this question becomes even more apparent when we include the third element of economic and theoretical considerations characteristic of today's situation: the Marxist world. In terms of the structure of its economic theory and praxis, the Marxist system as a centrally administered economy is a radical antithesis to the market economy.⁵ Salvation is expected because there is no private control of the means of production, because supply and demand are not brought into harmony through market competition, because there is no place for private profit seeking, and because all regulations proceed from a central economic administration. Yet, in spite of this radical opposition in the concrete economic mechanisms, there are also points in common in the deeper philosophical presuppositions. The first of these consists in the fact that Marxism, too, is deterministic in nature and that it too promises a perfect liberation as the fruit of this determinism. For this reason, it is a fundamental error to suppose that a centralized economic system is a moral system in contrast to the mechanistic system of the market economy. This becomes clearly visible, for example, in Lenin's acceptance of Sombart's thesis that there is in Marxism no grain of ethics, but only economic laws.⁶ Indeed, determinism is here far more radical and fundamental than in liberalism: for at least the latter recognizes the realm of the subjective and considers it as the place of the ethical. The former, on the other hand, totally reduces becoming and history to economy, and the delimitation of one's own subjective realm appears as resistance to the laws of history, which alone are valid, and as a reaction against progress, which cannot be tolerated. Ethics is reduced to the philosophy of history, and the philosophy of history degenerates into party strategy.

But let us return once again to the common points in the philosophical foundations of Marxism and capitalism taken strictly. The second point in common — as will already have been clear in passing — consists in the fact that determinism includes the renunciation of ethics as an independent entity relevant to the economy. This shows itself in an especially dramatic way in Marxism. Religion is traced back to economics as the reflection of a particular economic system and thus, at the same time, as an obstacle to correct knowledge, to correct action — as an obstacle to progress, at which the natural laws of history aim. It is also presupposed that history, which takes its course from the dialectic of negative and positive, must, of its inner essence and with no further reasons being given, finally end in total positivity. That the Church can contribute nothing positive to the world economy on such a view is clear; its only significance for economics is that it must be overcome. That it can be used temporarily as a means for its own self-destruction and thus as an instrument for the “positive forces of history” is an ‘insight’ that has only recently surfaced. Obviously, it changes nothing in the fundamental thesis.

For the rest, the entire system lives in fact from the apotheosis of the central administration in which the world spirit itself would have to be at work, if this thesis were correct. That this is a myth in the worst sense of the word is simply an empirical statement that is being continually verified. And thus precisely the radical renunciation of a concrete dialogue between Church and economy which is presupposed by this thought becomes a confirmation of its necessity.

In the attempt to describe the constellation of a dialogue between Church and economy, I have discovered yet a fourth aspect. It may be seen in the well-known

remark made by Theodore Roosevelt in 1912: “I believe that the assimilation of the Latin-American countries to the United States will be long and difficult as long as these countries remain Catholic.” Along the same lines, in a lecture in Rome in 1969, Rockefeller recommended replacing the Catholics there with other Christians⁷ — an undertaking which, as is well known, is in full swing. In both these remarks, religion — here a Christian denomination — is presupposed as a socio-political, and hence as an economic-political factor, which is fundamental for the development of political structures and economic possibilities. This reminds one of Max Weber’s thesis about the inner connection between capitalism and Calvinism, between the formation of the economic order and the determining religious idea. Marx’s notion seems to be almost inverted: it is not the economy that produces religious notions, but the fundamental religious orientation that decides which economic system can develop. The notion that only Protestantism can bring forth a free economy — whereas Catholicism includes no corresponding education to freedom and to the self-discipline necessary to it, favoring authoritarian systems instead — is doubtless even today still very widespread, and much in recent history seems to speak for it. On the other hand, we can no longer regard so naively the liberal-capitalistic system (even with all the corrections it has since received) as the salvation of the world. We are no longer in the Kennedy-era, with its Peace Corps optimism; the Third World’s questions about the system may be partial, but they are not groundless. A self-criticism of the Christian confessions with respect to political and economic ethics is the first requirement.

But this cannot proceed purely as a dialogue within the Church. It will be fruitful only if it is conducted with those Christians who manage the economy. A long tradition has led them to regard their Christianity as a private concern, while as members of the business community they abide by the laws of the economy.

These realms have come to appear mutually exclusive in the modern context of the separation of the subjective and objective realms. But the whole point is precisely that they should meet, preserving their own integrity and yet inseparable. It is becoming an increasingly obvious fact of economic history that the development of economic systems which concentrate on the common good depends on a determinate ethical system, which in turn can be born and sustained only by strong religious convictions.⁸ Conversely, it has also become obvious that the decline of such discipline can actually cause the laws of the market to collapse. An economic policy that is ordered not only to the good of the group — indeed, not only to the common good of a determinate state — but to the common good of the family of man demands a maximum of ethical discipline and thus a maximum of religious strength. The political formation of a will that employs the inherent economic laws towards this goal appears, in spite of all humanitarian protestations, almost impossible today. It can only be realized if new ethical powers are completely set free. A morality that believes itself able to dispense with the technical knowledge of economic laws is not morality but moralism. As such it is the antithesis of morality. A scientific approach that believes itself capable of managing without an ethos misunderstands the reality of man. Therefore it is not scientific. Today we need a maximum of specialized economic understanding, but also a maximum of ethos so that specialized economic understanding may enter the service of the right goals. Only in this way will its knowledge be both politically practicable and socially tolerable.

¹ This article, exposed by the, in that time, Cardinal Joseph Ratzinger, today Pope Benedict XVI, was originally translated into English by Stephen Wentworth Arndt, and is provided courtesy of Dr. Johannes Stemmler, secretary emeritus of the BKU (Federation of Catholic Entrepreneurs) and secretary of Ordo socialis in Köln, Germany. This article appeared previously in English under the title “Church and Economy: Responsibility for the future of the world economy,” *Communio 13* (Fall 1986): 199-204.

² Cf. Peter Koslowski, “Über Notwendigkeit und Möglichkeit einer Wirtschaftsethik,” *Scheidewege. Jahresschrift für skeptisches Denken 15* (1985/86): 301, 204–305. This fundamental study has given me essential suggestions for my own paper.

³ Koslowski, “Über Notwendigkeit und Möglichkeit einer Wirtschaftsethik,”: 294.

⁴ Koslowski, “Über Notwendigkeit und Möglichkeit einer Wirtschaftsethik,” : 304, 301

⁵ Cf. Card. J. Höffner, *Wirtschaftsordnung und Wirtschaftsethik. Richtlinien der katholischen Soziallehre*, ed. Sekretariat der Deutschen Bischofskonferenz (Bonn, 1985): 34–44. The English translation of this paper was published by Ordo socialis: *Economic Systems and Economic Ethics—Guidelines in Catholic Social Teaching* (Association for the Advancement of Christian Social Sciences, 1986).

⁶ Koslowski, “Über Notwendigkeit und Möglichkeit einer Wirtschaftsethik,”: 296, with reference to Lenin, *Werke* (Berlin, 1971): I 436.

⁷ I found these two considerations in the contribution of A. Metalli, “La grande epopea degli evangelici,” *Trenta giorni 3*, no. 8 (1984): 9, 8–20.

⁸ For detailed information see P. Koslowski, “Religion, Ökonomie, Ethik. Eine sozialtheoretische und ontologische Analyse ihres Zusammenhangs,” in *Die religiöse Dimension der Gesellschaft, Religion und ihre Theorien*, ed. P. Koslowski (Tübingen, 1985), 76–96.